

CAPITULO LXXIII.

Aldonza.



EMOS dicho en uno de los capítulos anteriores, que Iñigo, el servidor leal de Pánfilo de Narvaez, entabló relaciones amistosas con la camarera de la dama del gobernador de Santiago de Cuba.

Con solo adivinar que por aquellos tiempos habia en las colonias conquistadas á los indios, por cada mujer española cincuenta compatriotas suyos, se comprenderá que no hubiera una sola que no fuese coqueta.

Hasta las ménos agraciadas se veian festejadas y galanteadas por los capitanes más bizarros, no quedando á los soldados más recurso, para no incurrir en el desagrado de sus jefes, que enamorar á las indias, las cuales, dicho sea de paso, no hacian oídos de mercader para escucharlos.

Aldonza se veia, pues, perseguida por muchos galanes, y si á su ama no le pasaba otro tanto, era por que todos sabian el monopolio que ejercia sobre su cariño el gobernador.

Era Aldonza jóven de veinticinco á veintiseis años.

Habia nacido en Córdoba.

Tenia toda la gracia de las andaluzas, y al mismo tiempo, lo que, sin que sepamos por qué, se llama en España *trastienida*.

Miraba de tal modo á los galanes, que una mirada suya era una flecha que iba directamente al corazon.

Y despues de arrojar el anzuelo hacia tales remilgos, tales dengues, ponía una cara tan compungida á veces, tan descoca-

da en otras ocasiones, que mareaba, como se dice vulgarmente, á los más duchos en las lides amorosas.

En honor de la verdad debemos decir que era la virtud personificada.

Contentábase la mozuela con tener pendientes de sus labios y de su voluntad á los hombres, y bajo el punto de vista de sus favores, era más avara que el sopista Mendrugo.

Nadie podia decir que le hubiera abandonado ni un instante su blanca mano.

Y decimos blanca mano, aunque era camarera, porque en la colonia las mujeres europeas, aunque fuesen criadas, eran amas.

Las indias eran las que, como ahora las negras, se dedicaban á los quehaceres domésticos y á esas faenas rudas, que convierten las manos en las mujeres que sirven en escabrosas limas.

Una de las cosas que más mortificaban á Aldonza, era la monotonía á que se veia condenada.

¡Siempre los mismos galanes!

Iñigo realizó sus esperanzas, ó mejor dicho, sus deseos.

Despejado como era, apenas llegó á Santiago de Cuba, procuró hacerse amigo de los escuderos y servidores del gobernador.

—¿Qué tal se pasa aquí la vida? les preguntó.

—Muy mal, dijeron todos.

—A pesar nuestro. No hay donde malgastar la salud.

—¿No hay amores, ni juego, ni pependencias?

—El amor es artículo de lujo; se queda para los hidalgos. El juego es su ocupacion, y por lo mismo para jugar nosotros tenemos que escondernos. Lo único que no faltan son pependencias.

—Veo que sois unos pazguatos.

—Animado viene el soldado.

—Donde yo voy va la alegría conmigo, y os aseguro que no me han de faltar ni pependencias, ni amores. El juego no me importa.

—Si le gustan las indias, no le irá mal, porque son muy amables. Pero las españolas no hay quien se acerque á ellas.

—¿Qué apostais, compañeros, á que yo galanteo á las más difíciles? les dijo Iñigo. ¿No hay damas?

—Si las hay.

—¿No tienen camareras?

—Casi todas.

—¿Y cuál es la más indómita, la más escopetada?

—La camarera de doña Blanca, que segun dicen malas lenguas, sostienen relaciones amistosas con el gobernador.

—¿Es guapa?

—Como un sol.

—¿Ojos?

—Negros rasgados.

—¿Boca?

—Es un clavel que empieza á abrirse.

—¿Cabello?

—Negro tambien como el azabache.

—¿Y qué tal cara?

—Ni una gacela la aventaja en donosura y garbo.

—Es un tesoro de belleza.

—¿Qué duda tiene?

—¿Y nadie se acerca á ella?

—No consiente á su lado más que á los capitanes y á los hidalgos.

—¿Humos gasta?

—Como una dama principal.

—Pues yo os aseguro que apagaré sus fuegos muy en breve.

—¡Já, Já! Eso es imposible.

—No quiero apostar nada, repuso Iñigo, porque acabo de llegar á las Indias, y es sabido que todo el que aquí viene deja en su patria el dinero. Pero os consiento que me llameis todo

lo que querais, hasta blancote y mándria, si ántes de cuatro dias no soy yo el favorito de esa deidad.

Estas palabras fueron acogidas con estrepitosas carcajadas.

—La rosa tiene espinas, amigo, dijo uno de los escuderos.

—Pero nunca pinchan á los jardines, dijo uno de los pajes.

—En fin, queda la apuesta hecha.

Y preguntando las señas de la casa en donde vivia Aldonza con su ama, se fué inmediatamente á rondar la calle.

Iñigo era todo un buen mozo.

A su belleza física unia ese gracejo, ese atractivo del hombre hipócritamente descarado.

Deseoso de servir á su amo, y al mismo tiempo de ganar fama en los primeros dias para dormir sobre sus laureles, se puso á pasear el mozo delante de la reja de la casa de doña Blanca.

No tardó Aldonza en columbrarle.

Despues de haberle contemplado largo rato sin ser vista, se asomó á la ventana.

Empezaba á oscurecer, y la calle estaba solitaria.

Apénas la vió Iñigo, corrió hácia la ventana.

Aldonza fué á retirarse.

—Vaya un modo que tiene usted de recibir á las personas que vienen á verla desde tantos miles de leguas.

—No conozco al soldado.

—Pues yo he venido para que me conozcais.

—No me hace falta.

—¿Quién sabe? No se puede decir de esta agua no beberé.

—Yo no bebo agua nunca.

—Tanto peor para vcs, porque os quedareis seca como una caña.

—Tiene buen humor el soldado.

—Cuando veo una mujer tan hermosa como usted, me creo el más feliz de los hombres.

—Vaya, no puedo detenerme. Adios.

- Oiga usted una palabra.
 --Estoy de prisa.
 --He venido de España para tener el gusto de hablar con la cordobesa más hermosa de cuantas han nacido en las orillas que riega en Córdoba el Guadalquivir.
 --¿Sabeis de donde soy?
 --¿No he de saberlo si os traigo una visita?
 --¿De quién?
 --¿De quién ha de ser? De mi deseo.
 --Vaya, no gastemos el tiempo en bromas.
 --Pues yo hablo de veras, porque desde que os he visto siento que el cielo ha venido á vivir en mi pecho.
 --Vuélvase mañana, hermano.
 --Necesito hablaros esta noche.
 --Yo no estoy visible hasta despues del toque de ánimas.
 --A esa hora estaré aquí.
 --En ese caso, por caridad....
 --Eso es lo que yo quiero, una limosna.
 --¿Pedigüeño es!
 --Más tarde lo vereis.
 --Pues hasta las ánimas.
 --Hasta las ánimas.
 Y Aldonza se retiró, diciéndose:
 --Es gallardo el mancebo. Sobre todo, no imita en lo que dice á los demas. Y debe ser el que ha venido con el capitan nuevo. Bueno será que le hable para saber quién es su amo.
 Inigo no faltó á la cita, y para no molestar á mis lectores, les contaré lo que en ella pasó, proporcionándoles el medio de oir á Aldonza y á su ama.

CAPITULO LXXIV.

Rarezas de las mujeres.



- El día siguiente de la entrevista entre Inigo y Aldonza, Blanca, que tenia gran confinaza en su camarera, y que por lo mismo la cuidaba mucho, le dijo:
 --Estás hoy muy contenta.
 --¿No he de estarlo, señora?
 --¿Tienes algun nuevo galan?
 --El más galan de todos los que hay en Santiago de Cuba.
 --¿Le conozco yo?
 --No.
 --Parece eso mentira.
 --Pues es verdad, porque ha llegado hace poco de España.
 --¿Te ha hecho la corte ya el nuevo capitan, que segun mis noticias, ha desembarcado ayer mismo?
 --El no; pero un soldado que le sirve de escudero me ha hecho pasar anoche dos ó tres horas muy divertidas.
 --Expícate.
 --No creais, señora, dijo Aldonza, que si le hice algun caso fué porque me flechase.
 Nada de eso.
 Ya sabeis que he prometido ser fiel á vuestras bondades. Que por nada del mundo consentiré que me domine el amor. Pero el mancebo es gallardo, donoso, tiene una lábia.... Es capaz de volverle á una loca.
 --Me parece que estás enamorada de él.

—Todavía no corro peligro.

Pues como iba diciendo, tanto para charlar de nuestra amada patria, como para saber quién era su amo y poder enteraros, le permití que me hablase desde la ventana.

El pobrecillo cayó en la red, y me lo ha contado todo.

—¿Que te contó?

—¡Ay señora! continuó Aldonza. Su amo, que es un apuesto caballero, ha venido á las Indias sin otro objeto que el de huir de las mujeres.

—¿Tan mal nos juzga?

—Nos tiene odio á muerte.

—Esa será exageracion,

—El soldado me aseguró que su amo el capitán es el hombre más afortunado en amores que hay en el mundo.

No hay mujer en el mundo que no se prende de él.

Pero es tan frío, tan severo, tan intratable, que no hace caso de nadie.

—«Tanto le han perseguido, añadió, que sospechando que en las Indias no habria ninguna dama, y que si las habia, estarian muy perseguidas; en fin, que solo por no verse agobiado ha resuelto venir.

—Miren que desatento, exclamó muy ofendida Blanca.

—No se parece el criado al amo, repuso Aldonza. El pobrecillo me decia con una sinceridad tan encantadora.

«Ved lo que son las cosas; á él le persiguen, y no las quiere; yo las busco, y me dan calabazas.»

Por oírle le dije yo:

—Si vuestro amo mira con tanto desden á las mujeres, es sin duda porque las que le han perseguido no merecian el nombre de tales.

Ya sé yo que en España hay pedigüeñas y busconas.

Pero yo sé de alguna que sería capaz de volverla el juicio.

—«No lo creais, me respondió. Aunque la misma Vénus re-

cien salida del mar, fresquita y todo, fuese á buscarle, alcanzaria el mismo recibimiento.

«Dios le ha hecho así.

«No tiene entrañas.

—Apuesto cualquiera cosa, repuse yo, á que no se va de Santiago da Cuba sin humillarse á los piés de una dama que yo conozco.

—¿Por quién dijiste eso?

—¿Por quién habia de ser sino por vos, señora, que sois la más bella del mundo?

—No digas eso.

—Lo digo porque lo siento. Y si no, ahí está el gobernador, que delira por vos.

—Es un pobre hombre.

—Si no fuera porque todos le respetan, cada día habria una pedencia á la puerta de la casa.

Con decir que si los más gallardos donceles me galantean, es porque tengo un reflejo de vos....

—Eres una adulatorcilla.

—Soy vuestra esclava.

—¿Y dices que pensaste?... preguntó doña Blanca á su camarera.

—Sí, señora; apenas supe que habia llegado ese ogro á la ciudad:

«Mi ama, me dije, se encargará de domesticarle.»

—¿Qué locura!

—Eso es muy divertido.

—No se debe jugar con fuego.

—¿Temeis amar al capitán?

—¡Oh! Estoy segura de que no tendria esa debilidad. Pero ¿para que jugar con el amor?

—Habeis sido tan desgraciada....

—Sí; la suerte me ha dado por esposo un hombre indigno

de mí; pero yo soy bastante honrada para no faltar á mis deberes.

--Haceis muy bien, exclamó la camarera; pero una cosa es faltar á los deberes, y otra emplear el tiempo. ¿Y si no, por qué admitís las galanterías del gobernador?

--Porque es muy respetuoso, porque me ha ofrecido aguardar á que me quede viuda para darme su mano.

--Entre tanto, podeis distraeros emprendiendo la conquista del capitán.

--¿Con qué fin?

--Con el de verle rendido á vuestros piés, y vengar á todas las individuos de vuestro sexo.

--Es donosa la idea.

--Aceptadla tal como es.

--¿Cómo se llama el capitán? preguntó con curiosidad doña Blanca.

--Pánfilo de Narvaez.

--¡Hola! Tiene un apellido ilustre.

--Segun me ha dicho el escudero, descende de una de las casas solariegas más ricas de Andalucía.

--No es la primera vez que oigo su nombre. ¿Y qué edad tiene?

--El escudero me lo ha pintado como un hombre de treinta á treinta y dos años, ya granado.

--¿Buen mozo?

--Aire marcial, ojos negros, cara muy seria.

--Has despertado mi curiosidad.

--Nada más fácil que tenderle un lazo. Así como así no tenemos qué hacer. Invertamos el tiempo de ese modo.

--Tengo miedo.

--Vaya, pecho al agua.

--Doña Blanca quedó un momento pensativa.

Despues dijo:

--Si el gobernador sabe.....

--¿Y qué importa que lo sepa?

Tanto mejor.

Los celos son al amor lo que el hierro á la sangre.

Le fortalecen.

--Anda, Marisabidilla. ¿Qué te propones hacer?

--Dejadme hurdir la intriga.

--No vayas á comprometerme.

--No temais; el escudero volverá esta noche á verme.

--¿Y los demas adoradores?

--Cuando venga el escudero estarán todos durmiendo.

--Dios quiera que no caigamos las dos en ese lazo.

--Nuestro objeto no os otro que el de humillar á ese galan grosero.

¿Cómo hemos de ser victimas?

--Pues á tu cargo lo dejo todo.

Blanca sentia curiosidad; y como por otra parte estaba ociosa no le disgustaba aquel entretenimiento.

Aldonza, con el auxilio de Iñigo, que adivinó sus propósitos, no tardó en conseguir que viese á su ama Pánfilo de Narvaez.